

LA NOVELA



del SÁBADO

El vals



N.º 81

JORGE HERNÁNDEZ CAMPOS

En México, a un matrimonio de jubilados les toca la lotería y piensan poner una fonda en su casa para tener compañía y hablar con alguien.

Arreglan la casa y solicitan el permiso de apertura y aquí se suceden las más peregrinas situaciones porque los funcionarios sólo quieren dinero y más dinero: un auténtico despropósito y un suplicio.



Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4
M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envíenos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Dirección General de Seguros

VIAJES A PARIS

por 3.000 pesetas

EN AUTOCAR PULLMAN DE LUJO

SALIDAS MENSUALES

11 días de viaje.

VISITANDO:

BURGOS (Y LA CATEDRAL), SAN SEBASTIAN, BURDEOS, ANGULEMA, RUTA DE LOS CASTILLOS DEL LOIRA, PARIS (ESTANCIA DE 5 DIAS), ORLEANS, VIERZON, LIMOGES, AGEN, LOURDES (VISITA DE LA GRUTA Y MISA), ZARAGOZA (VISITA DEL PILAR), ALHAMA DE ARAGON Y LLEGADA A MADRID. FIN DEL VIAJE

Informes e inscripciones:

WAGONS - LITS // COOK

(A. V. G. A. T., 5)

ALCALA, 23,
C. SOTELO, 14
Palace Hotel
o en
cualquiera de
nuestras
agencias de
España



Compre TODAS las semanas

GRAN MUNDO

• REVISTA GRAFICA SEMANAL •

DE VENTA EN TODA
ESPAÑA AL PRECIO DE

CINCO PESETAS

SETENTA Y CUATRO
PAGINAS EN CUCHE,
LAMINAS A CUATRO COLORES
Y PORTADA EN "OFFSET"

GRAN MUNDO

• REVISTA GRAFICA SEMANAL •

LA PUBLICACION QUE
VALE MAS QUE CUESTA

GRAN MUNDO

• REVISTA GRAFICA SEMANAL •

CINCO PESETAS

PROXIMO NUMERO

Margot.—A. de Musset.

-
60. Los caballeros las prefieren castañas.—Tono.
 61. El fantasma.—W. Fernández Flórez.
 62. Los raffles.—Miguel Delibes.
 63. El tonto.—Luis Molina Santaolalla.
 64. Los serenos duermen de noche.—Evaristo Acevedo.
 65. Una aventura en el tren.—José M.^a Salaverría.
 66. Josechu y la señora.—Luis de Castresana.
 67. Mañana.—Dolores Medio.
 68. El criminal nunca gana (El caso de un provinciano en París).—Iván Montiel.
 69. Casa de amor.—José Ortiz de Pinedo.
 70. La niña.—Carmen Laforet.
 71. El fantasma de Canterville.—Oscar Wilde.
 72. Miedo a la vida.—A. Martínez Olmedilla.
 73. Eran cuatro.—Elisabeth Mulder.
 74. Iliuscha.—Fiodor Dostoyevski.
 75. Colocación en Madrid.—Roberto Molina.
 76. Las campanas.—Carlos Dickens.
 77. Los árboles del huerto.—Julio Angulo.
 78. El círculo de la muerte.—A. Conan Doyle.
 79. La Estancia.—María Elena Ramos Mejía.
 80. Liliana.—Enrique Sienkiewicz.
 81. El vals.—Jorge Hernández Campos.

Tarifa de suscripción a «La Novela del Sábado»:

A 12 números	68 pesetas.
A 25	»	138 »
A 52	»	282 »

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Ediciones Cid, Desengaño, 9, Madrid. Teléfono 310512, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito, con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

VALS: F., Valse. - It., Valzer. - In., Waltz. - A., Waltzer. - P., Valsa. - O., Vals. - E., Valso (Etim. del al., walzer. de walzen, dar vueltas). *Enciclopedia Universal Espasa.*

Don Lauro de Mendoza y doña Vicenta Saucedo de Mendoza eran dos maestros de escuela jubilados, y, como es frecuente con los maestros de escuela jubilados, eran más viejos que jóvenes y no tenían hijos ni parientes. Allá por el rumbo de Mexicaltzingo, no lejos de la iglesia parroquial, en su minúscula casa de dos patiecillos y tres cuartos con cocina, entre las mecedoras, la cama de latón, los viejos retratos y los viejos canarios, transcurrían su raída existencia sin otro cuidado que disimular la miseria. Y aunque trabajo les costaba no perecer con sus sesenta pesos al mes por cabeza, don Lauro no ponía pie en la calle sin el bastón y el sombrero hongo, y doña Vicenta jamás se dejaba ver sin el chal negro, el bolso de raso y la peineta de ca-rey en el chongo ralo.

Un día de tantos, don Lauro regresó de su paseo matutino algo más temprano que de costumbre, se quitó la chaqueta y se sentó en la sala a leer el periódico. Cuando su mujer le anunció que la comida estaba lista, guardó las gafas en el estuche, se metió el periódico bajo el brazo y fué a lavarse las manos en el fregadero de la cocina.

El día era inmóvil y cálido. El sol caía vertical sobre la ciudad con la dorada lentitud de un chorro de miel, y su reflejo trémulo inundaba el cielo raso del minúsculo comedor. Don Lauro se sentó a la mesa, esperó que le sirvieran el cal-

do, tomó dos cucharadas distraídas y se quedó vuelto hacia afuera mientras movía nervioso los dedos reseco. Al verlo, doña Vicenta posó a su vez la cuchara y lo miró interrogativa.

—Hija —dijo don Lauro—, nuestro número sacó cinco mil pesos en el sorteo de ayer.

Doña Vicenta se puso a dar vueltas a sus anillos.

—¿Estás seguro?

Don Lauro afirmó con un movimiento de cabeza, trabó los dedos y prosiguió:

—Hoy, cuando vi la lista, yo mismo no lo podía creer. «¿Y si fuera un error de imprenta?», me dije; y me fuí hasta el centro, mirando las listas que encontraba por el camino. No había error. De regreso, para mayor seguridad, compré el periódico.

Sacó del chaleco el estuche, se caló las antiparras, desplegó el periódico y extrajo de otro bolsillo un billete de lotería.

—13131 aquí y 13131 acá... Cinco mil pesos... —dijo señalando con el dedo, y repitió a la inversa todas las operaciones de guardar el billete, plegar el diario, meter las gafas en el estuche y éste en el bolsillo del chaleco.

Terminado el caldo, comieron frijoles con arroz y una naranja cada uno. Al final, doña Vicenta recogió los trastos.

—¿Has pensado qué vamos a hacer? —preguntó mientras doblaba el mantel.

—No sé —repuso don Lauro suspirando—. Podríamos comprar otra casa y alquilarla... O ir a la capital. Hace ya quince años que fuimos por última vez...; o..., no sé..., no sé...

Con estas palabras se levantó y fué a acostarse, mientras doña Vicenta, muy seria, puso los pájaros a la sombra y les llenó de agua fresca las bañaderas.

A las seis de la tarde del mismo día, don Lauro acompañó a su mujer al rosario. Él se quedó esperándola en una banca del jardín público, con la barbilla en el puño del bas-

tón y el pensamiento quién sabe dónde. Y así lo encontró doña Vicenta al salir, ya de noche, de la iglesia.

—¿En qué piensas?

—Es para morirse de risa —dijo don Lauro, como continuando un monólogo interior—. Hace veinte años, si no más, que jugamos ese número..., el 13131, capicúa, esperando el golpe de suerte... Cuando empezamos a comprarlo teníamos poco tiempo de casados, recordarás. «¡Que no sea el premio mayor! —decíamos—. ¡Un poco de dinero nada más! ¡Lo suficiente para dejar la enseñanza y tener la libertad de buscarse otro camino!... O simplemente para hacer un viaje largo, renovarnos... ¡Un poco nada más! ¡Siquiera cinco mil pesos!». Y así cada semana. Hasta que al fin dejamos de esperar. Seguimos comprando el billete por costumbre; pero, en realidad, sin ganas, casi, de que nos tocara nada. ¡Veinte años! Y ahora, precisamente ahora, ahí están: cinco mil pesos. Pero ¿qué vamos a hacer con ellos?

Se puso en pie y echaron a andar por las calles en penumbra.

—La idea del viaje me aterroriza... —continuó—. No soportaría moverme de aquí... Otra casa..., ¿para qué la queremos? Ya me pregunto qué será de la nuestra, sin parientes a quien heredar.

—¿Y dónde hay casas de a cinco mil pesos en estos tiempos?

—¿Lujos? —preguntó don Lauro—. ¿Sabemos tú y yo qué cosa son lujos? El lujo es un apetito de lo superfluo. Para procurarlo y gozarlo se necesita una energía que tú y yo ya no tenemos.

Se detuvieron un momento en la panadería y luego reanudaron su camino. El resto del trayecto, hasta la casa, caminaron cabizbajos sin decir nada. Doña Vicenta puso las jaulas de los pájaros en un rincón de la cocina, les echó encima las fundas de abrigo, puso a hervir una poca de leche y recalentó para cenar las sobras del mediodía. Cuando estaban comiendo dijo a su marido:

—Lauro, aquí es tu casa y el jefe de ella eres tú... Yo te obedezco y te respeto, y he esperado en todas ocasiones que tú dijeras qué había que hacer. Pero ahora me gustaría decir algo a propósito de ese dinero...

Se interrumpió para alisarse el delantal contra el regazo. En torno a la bombilla ambarina de la luz revoloteaba un microcosmos de mariposillas.

—... Es posible que lo que voy a pedirte no sea de tu agrado; pero debes pensar que, en el fondo, soy una mujer del pueblo, de gustos sencillos... Mi familia era del campo, y mi padre, como sabes, no dejó nunca de ser un ranche-ro... Será por eso que no doy importancia a ciertas cosas en que tú te fijas mucho... En fin, Lauro, lo que quiero decirte es esto: que me dejes poner una fonda aquí, en la casa.

—¡Estás loca!

—Deja que te explique. Como tú decías, para nosotros ese dinero es un problema. En realidad no nos sirve, porque no puede darnos nada que no tengamos ya. Aunque vivimos con estrechez, lo poco que tenemos nos ha bastado para ir tirando. Pero ahora nos han tocado en suerte esos cinco mil pesos, como caídos del cielo, y no podemos enterrarlos en el patio ni tenerlos guardados en un Banco, porque sería un pecado; ni tampoco podemos gastarlos, porque no sabemos en qué. Sin embargo, hay una cosa que nos pueden remediar..., la soledad. Hemos vivido tantos años juntos —continuó, después de breve pausa—, nos hemos entendido tan bien, que hemos acabado por ser como uno, y como uno que se siente solo. Es posible que hasta ahora ni tú ni yo lo hayamos notado, como tampoco hasta ahora hemos notado nuestra pobreza. Pero hoy, de pronto, me di cuenta de que a veces se nos pasan los días sin casi dirigirnos la palabra. Yo voy y vengo con mis quehaceres, mientras tú das vueltas por la casa con un libro o con el periódico. ¿Qué digo? A veces casi no nos miramos en todo el día, aunque no nos separamos nunca. Dime, ¿cuán-

to hace que no te hablaba como ahora? Pues bien; ese dinero, sin que tengamos que dejar la casa, sin que haya que cambiar mucho nuestro modo de vivir, nos va a curar la soledad... con la fonda que te pido...

—Pero ¿para no estar solos vamos a llenar la casa de gente y de ruido?

—No, Lauro. Cuando dije fonda no quise decir exactamente una fonda, sino un lugar tranquilo, limpio, para pocas personas. ¿Sabes qué se puede hacer? En la pared de la sala que da sobre el zaguán mandamos abrir una puerta. Los muebles de la sala los acomodamos en el resto de la casa y la sala la mandamos pintar de azul. Luego ponemos unas mesas blancas cada una con su mantel almidonado y su botellón de agua. Luego compramos un radio y lo ponemos en el rincón para que distraiga a los clientes. Y nada de meseras descalzas y sucias. Yo me encargo de buscar una muchacha de buenos modales, tranquila; le hago un delantal y una cofia, y le enseño a servir.

—¿Qué van a decir de nosotros? Porque te advierto: dejaremos de ser los de Mendoza, para convertirnos en «los de la fonda». No, Vicenta; no quiero escándalos, ni borrachos, ni gente que canta hasta la madrugada, como el restorán de a la vuelta.

—Pero Lauro, ése no es un restorán; es una cantina. Allá no va la gente decente. La gente decente vendría con nosotros. Ahí tienes, por ejemplo, a don Carlos, el señor que vive en casa de las Cepeda, que tiene que ir a comer hasta el mercado, o a las Cepeda mismas, que a veces no comen porque pelean y ninguna quiere cocinar para las demás. Piensa; tendríamos siempre un grupo de personas tranquilas: las familias de regreso del cine, los niños del barrio con sus mamás; platicaríamos, nos contarían sus cosas, comentaríamos las noticias... En cuanto al qué dirán, ¿qué tiene de malo que trabajemos? Yo creo que uno vale por lo que es y no por lo que hace. Y dime: ¿qué diferencia habría, por

ejemplo, entre la fábrica de tequila de los Corneja, que presumen de aristócratas, y nuestra fonda?...

—Pero ¿qué va a pensar la gente que nos conoce?

Doña Vicenta suspiró.

—¿Quién nos conoce?

Don Lauro asintió con un gesto de la cabeza. Llevándose la mano al chaleco sacó una petaca de cuero, ofreció un cigarrillo a su mujer y tomó otro para sí. El fulgor del cerillo les iluminó un instante los rostros marchitos y meditabundos. Momentos después, envueltos en la luz opaca de la bombilla como en una burbuja, fumaban pausados, silenciosos, en el fondo de la casa oscura.

* * *

Días más tarde, a las nueve de la mañana, don Lauro, con el cuello postizo hasta las orejas, calzados los botines de charol y gamuza, llegaba al Palacio Municipal.

—Muy buenos días —dijo a un hombre gordo, sin afeitarse, con un quepis galoneado, que leía el periódico junto a la puerta.

—Buenos —respondió el otro.

—Diga usted, por favor: para abrir una fonda, ¿dónde se saca la licencia?

—Segundo piso frente a la escalera, a la derecha —el hombre se echó el quepis sobre la nuca y siguió leyendo.

En el segundo piso frente a la escalera, a la derecha, había un gran salón lúgubre, lleno de muebles desiguales y máquinas de escribir.

Una mecanógrafa que se pintaba los labios le indicó la puerta del fondo, y allá fué a dar, sombrero en mano, don Lauro.

Junto a la puerta, un hombre flaco, sin afeitarse, con un quepis galoneado, leía el periódico, de bruces sobre una mesa manchada de tinta.

—Buenos días —dijo don Lauro.

El hombre puso una uña negra en una línea del periódico y alzó los ojos hostiles.

—¿Qué se le ofrece?

—¿Es aquí donde se solicitan las licencias para fondas?

—¡Mm! —afirmó el otro.

—¿A quién hay que ver?

—A don Arnulfo Puga.

El hombre flaco volvió a sumirse en la lectura. Don Lauro esperaba que le dijera algo más; pero como pasaba el tiempo y no daba trazas de dirigirle la palabra, insistió:

—Perdone, ¿lo podría ver ahora?

—¿Tiene usted cita?

—No, señor.

El hombre buscó en el cajón de la mesa y arrojó en dirección a don Lauro un bloque de hojas impresas: «Antesala del C. Jefe del Departamento de Licencias; Restoranes, Fondas, Comedores y Similares; Nombre completo...; Domicilio...; Objeto de la entrevista...; Firma: Fecha». Don Lauro se puso los anteojos, leyó con atención dos o tres veces y, con un canutero que había sobre la mesa, llenó la hoja.

—Aquí tiene usted.

El hombre, sin alzar la vista, tomó el papel y lo puso a un lado. Nueva pausa; don Lauro se cambió de mano el bastón.

—¡Ejem!... ¿Me hará usted el favor de anunciarme ahora?

—El señor Puga no ha llegado.

—Bien, bien... Esperaré.

Se sentó en una silla, abanicándose con el sombrero. Era aquélla una sala sórdida, amarilla, mugrienta. De un lado, tres ventanas, con tela de alambre en los vidrios esmerilados, dejaban pasar un resplandor mortecino que hacía aún más triste la mezquindad de las lámparas encendidas en el techo. Del sol matutino, lo único que se percibía era

un triángulo incandescente, en un muro lejano, al fondo de una perspectiva desabrida de arcos y pasillos, encuadrada por el marco de la puerta. Fuera de la muchacha, que ahora aporreaba la máquina de escribir, y del portero, no había nadie en los escritorios. En la distancia se oía el rodar del tráfico y la sirena de los tranvías.

De pronto, un tumulto de gente despavorida que se lanzó sobre los lugares vacíos y empezó a revolver los papeles. Segundos después entraba un personaje, seguido a duras penas por un séquito de personas que luchaban por dejarse atrás sin adelantarse mucho. Al verle, el portero saltó, abrió la puerta, la cerró en las narices del cortejo y volvió a su lugar. Los rechazados se distribuyeron por los escritorios, cuyos ocupantes, con una calma tan repentina como su actividad, ponían los pies en la mesa, fumaban y charlaban.

Cuando don Lauro juzgó que había pasado un lapso prudente, volvió a dirigirse al portero flaco.

—Perdone.

—¿Qué desea?

—Al señor Puga..., ¿podría verle ahora?

—¿Tiene usted cita?

—No, pero...

—Anúnciese, pues —refunfuñó el portero, empujando el bloque de boletas.

—Pero... yo ya me anuncié, ¿no recuerda?

—Pues espere entonces —repuso el otro, poniéndose en pie para dejar el paso a dos señores de aspecto importante.

Don Lauro volvió a su lugar. El tiempo pasó como una nube de polvo por la sala amarilla. En torno al viejo, náufra-go en el escollo, se habló de toros, de mujeres, de política, de riñas; se contaron cuentos verdes, se bebió gaseosa, se cruzaron apuestas sobre las peleas de box y los juegos de fútbol. El triángulo de sol, en el muro del patio lejano, se convirtió en un cuadrángulo tajado a la mitad por la sombra

meridiana de un caño. De la puerta aquella, prohibida, entraban y salían hombres graves, que a veces se detenían a conversar a media voz con el portero, poniéndole familiarmente la mano en el hombro y hablándole de tú.

El estrépito distante de la ciudad comenzaba a espaciarse en una modorra de siesta, cuando el reloj de la catedral sonó la una y tres cuartos. Al oírle, los empleados bostezaron y empezaron a bajarse las mangas de la camisa. El portero se puso a sacudir el quepis con el pañuelo. Ya no quedaban solicitantes. Como ánima simple que era, el plantón, en lugar de soliviantar a don Lauro, acentuaba su timidez, y en aquel momento no sólo se sentía incapaz de protestar, sino con un deseo vehemente de salir huyendo.

—¿Y mi entrevista? —dijo después de mucho abanicarse con el sombrero hongo, como un viandante que pregunta por casualidad.

—¿Cuál entrevista?

—La que solicité desde las nueve de la mañana.

—Hoy no podrá ser.

—¿Por qué?

—El señor Puga ya se fué.

—¿Ya se fué? —repitió don Lauro—. ¿Cómo es posible? El portero se encogió de hombros y se puso en pie.

—¿Cuándo podré verlo?

—Aquí, naturalmente. A las horas de oficina —dijo el otro, sonriendo—. Pero hay que anunciarse.

Don Lauro bajó las escaleras despacio, apoyándose pesadamente en el bastón.

* * *

Don Lauro velaba aún sobre sus duras almohadas cuando las manecillas fosforescentes del despertador señalaban las tres de la madrugada. El silencio zumbaba como un ca-